

EN DILIGENCIA, MULA Y FERROCARRIL, POR TIERRAS MEXICANAS: CONTEXTO DE PUBLICACIÓN EN LA PRENSA MEXICANA DE ALGUNOS TEXTOS VIAJEROS DE MANUEL PAYNO Y MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA*

Luz América Viveros**

Resumen / Abstract. By Stagecoach, Mule and Rail in Mexican land: travelogues of Manuel Payno and Manuel Gutiérrez Nájera in the Context of the Mexican Press.

Palabras clave / Keywords: relato de viajes, Manuel Payno, Manuel Gutiérrez Nájera, prensa y literatura, literatura mexicana del siglo XIX / Travelogue, Manuel Payno, Manuel Gutierrez Najera, Printing and Literature, Literature of the Mexican XIXth century.

En el artículo se explora la relación entre algunos textos literarios y los medios impresos donde fueron divulgados. Enfoco específicamente relatos de viaje de dos escritores mexicanos: Manuel Payno y Manuel Gutiérrez Nájera, quienes publicaron en distinto momento, en medios diferentes —revista cultural y diarios políticos—, un tipo de texto que fue configurando sus marcos discursivos para consolidarse como género literario hacia la segunda mitad del siglo XIX. / This paper explores the relation between some literary texts and the print media where they were published. The analysis focuses on travel stories written by two Mexican authors, Manuel Payno and Manuel Gutiérrez Nájera, who published at different times and different media, such as cultural magazines and political journals, a kind of text which defined its discursive conventions to establish itself as a literary genre, towards the second half of the XIXth century.



Un relato de viajes tuvo, durante el siglo XIX, un lugar propio en el gusto del público mexicano. En las siguientes páginas pretendo explorar las relaciones entre los textos y su medio de publicación, en dos viajeros mexicanos por territorio nacional: Manuel Payno (1820-1894) y Manuel Gutiérrez Nájera (1854-1895). El primero de ellos dejó testimonio de varios viajes hechos a mediados de la antepasada centuria; aquí me referiré específicamente al contexto en el que vieron la luz, en *El Museo Mexicano*, el “Viaje sentimental a San Ángel” y “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843”. Por su parte, Gutiérrez Nájera publicó también sus viajes por México en distintos

*El presente artículo se escribió con el apoyo del proyecto PAPIIT IN402212 “Rescate de obras de escritores mexicanos del siglo XIX”, en el que participé como investigadora invitada.

**Seminario de Edición Crítica de Textos. Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

periódicos y revistas entre 1880 y 1893 —que pronto aparecerán editados críticamente—; aquí me referiré a sus viajes por Puebla, Guanajuato y Veracruz, publicados en *La Voz de España* y *La Libertad*.

Herederero tanto de las crónicas de exploración y conquista como del relato científico y naturalista, el relato viajero del siglo XIX fue configurando un marco discursivo diferenciado, adquiriendo características peculiares y formando un público cada vez más amplio. Las publicaciones periódicas, todavía jóvenes, resultaron piezas fundamentales en esa conformación, y de alguna manera definieron el tipo de textos escritos por Guillermo Prieto o Manuel Payno en la década de 1840; ya hacia los años 80 en los textos de Gutiérrez Nájera encontraremos transformadas las características predominantes y las motivaciones de la escritura, en parte derivado de los requerimientos del medio, pero principalmente por ser otro el contexto económico y diferente el momento literario.

Si, décadas después, las historias literarias casi nunca consideraron el relato viajero como un género relevante en nuestra literatura, una de las razones pudo ser por su poca presencia en el formato de libro. Esta situación la comparte un enorme volumen de textos decimonónicos aparecidos en revistas y periódicos, y solo recientemente rescatados. Su edición contemporánea ha permitido recomponer el panorama de géneros y autores; por otra parte, el estudio de esta literatura en su contexto hemerográfico ha permitido explicar de otra forma las prácticas de lectura y escritura. Así, aparece un cuadro muy distinto del que nos legó buena parte de la crítica del siglo XX.¹

¹ Malcolm D. McLean ya advertía en 1965 que cualquiera podía llegar a la conclusión de que México no tenía una literatura importante por el hecho de no poder encontrar libros, y en cuanto a las historias literarias solo eran asequibles dos: la *Historia de la literatura mexicana* de Carlos González Peña, y otra del mismo título de Julio Jiménez Rueda, aparecidas en 1928, pero esa demora no debía atribuirse a una literatura pobre, sino al hecho de que “la mayor parte de la obra de escritores mexicanos, aun de los mejores, se halla enterrada en colecciones de periódicos polvosos. Con las fuentes primarias en este estado, no es de extrañarse que muchos de los historiadores potenciales de la literatura hayan vacilado en emprender la tarea. Hasta que esta multitud de poemas, artículos, ensayos, comedias y aun novelas hayan sido buscados, leídos, valorados, nadie podrá decir con propiedad que México tiene o no una literatura de importancia”. (“Los periódicos mexicanos y la literatura mexicana”, en *Contenido literario de El Siglo Diez y Nueve*. México, Sobretiro del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, núm. 313, 15 feb. 1965, p. 9). No solo la literatura había quedado inhumada en periódicos que

La literatura de viajes conoció una suerte de auge —auténtica emergencia— durante la segunda mitad del siglo XIX. Me refiero a lo que Raymond Williams nombra como *emergencia* de un género —en relación con lo *dominante*—, para referirse a “los nuevos significados, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente”;² no el caso aislado, sino en el comienzo de una tendencia: una transformación para la historia literaria de un modo de lectura y escritura. Negando su abundancia, Ignacio Manuel Altamirano no hace sino subrayar su presencia en el horizonte de su escritura y de recepción en la época en que escribe. En la ya famosa introducción al *Viaje a Oriente* (1882) de Luis Malanco, Altamirano afirmaba que: “Los mexicanos viajan poco, y los que viajan no escriben, ni publican sus impresiones o sus recuerdos. Ésta es una verdad tan notoria en México, que no necesita demostrarse”.³ No era una mera percepción; el maestro tixtlense se hallaba perfectamente al día de los viajes que se publicaban, como se advierte cuando, más adelante, refiriéndose a los viajeros mexicanos por territorio nacional —tema que aquí nos interesa—, agrega:

Hay cierta repugnancia para conocer el país nativo, y ésta es la causa de que no puedan desarrollarse vigorosamente todas las ramas de nuestra literatura nacional. Sólo el tiempo y la civilización harán desaparecer esto, que son hábitos de la vida colonial. Por eso nuestra literatura de viajes, en el interior del país, es singularmente escasa. No tenemos una sola colección pintoresca o descriptiva; artículos sueltos, narraciones aisladas, algún pequeño estudio publicado hace años en *El Museo Mexicano*, en el *Liceo*, en el *Álbum*; algunas estampas litográficas: eso es todo. Muchas veces tenemos que acudir a los libros extranjeros para tomar algunos datos. Los ingenieros que podían entretener sus ocios en los caminos, cultivando esta

casi nadie revisaba, sino que hacia mediados de siglo eran inconseguibles las obras; por ejemplo, Antonio Castro Leal anotaba, en 1948, no haber conseguido ver ejemplares de las *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia*, de Manuel Payno, publicadas por Cumplido en 1853 (citado por Robert Duclas. *Bibliografía de Manuel Payno*. México: UNAM, 1994, p. 80).

² Raymond Williams. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1997, p. 145.

³ Ignacio M. Altamirano, “Introducción” a Luis Malanco, en *Viaje a Oriente*, I. México: Imprenta Agrícola Comercial, 1883, p. XI.

literatura, no lo hacen. Sólo Antonio García Cubas ha aprovechado sus viajes en varias localidades de la República para escribir algunos artículos que por desgracia no son muchos. Cuéntanse con los dedos los escritores humorísticos que se han dedicado a cultivar el género, porque también son muy pocos los que viajan, sólo Guillermo Prieto conservando como siempre su buen humor en el destierro que le impuso Santa-Anna, pudo escribir sus *Viajes de orden suprema*, que son encantadores, aunque no están concluidos, y sólo el sabio Ignacio Ramírez en sus expediciones de proscribo, en tiempos de la Reforma y de la Intervención, estudió las comarcas de Tamaulipas, Sinaloa, Sonora y la Baja California para hacer bellísimas descripciones u observaciones profundas que han pasado casi inadvertidas, pero que encerraban iniciativas importantes de progreso material. Por lo demás, silencio en toda la línea. El país se conoce por los pequeños catecismos de Geografía elemental de las escuelas primarias que ni son todos buenos, ni completos.⁴

Aunque para entonces Payno había publicado sus *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia* (1853), el maestro omite nombrarlo, tanto en este recuento como en el de viajeros por el extranjero —si bien recuerda ahí a Servando Teresa de Mier, Lorenzo Zavala, Justo Sierra O'Reilly, el padre Guzmán, Luis de la Rosa, entre otros que habían publicado sus relatos viajeros hacia el medio siglo— y solo alude a su trabajo al referirse al *Museo*. Altamirano insiste en la escasez de libros de viajes pues las “nueve o diez obras” que componen nuestra bibliografía de viajes “forman una cifra muy pequeña si se pone en relación con los centenares de publicaciones del mismo género que se publican todos los días en el extranjero y que han hecho conocer hasta la saciedad aun los más oscuros rincones del globo”.⁵

Como se puede advertir, encuentra los textos de viaje como herramientas útiles para el conocimiento —dice que a veces tiene que acudir a libros extranjeros para tomar algunos datos—, y como espacio para las iniciativas dirigidas a la administración política —halla las propuestas de progreso material como deseables—, pero también aprecia el relato en

⁴ *Ibid.*, p. xxiv-xxv.

⁵ *Ibid.*, p. xxvi.

su valor literario y humorístico. No obstante, si para la literatura de viajes de la primera mitad del siglo reconoce la hemerografía como espacio de publicación —alude a los relatos publicados en *El Museo Mexicano*, en el *Liceo* y en el *Álbum*—, hacia los años 80 Altamirano soslaya esa misma posibilidad editorial y se refiere eminentemente a los libros como lugar natural de su publicación. Actitud que recordaremos líneas más adelante, a propósito del prólogo que pergeñó el *Duque Job* para sus viajes.

En su repaso, Altamirano nombró en primer lugar *El Museo Mexicano*; en efecto, hasta donde he podido explorar, esa publicación fue uno de los espacios inaugurales para la conformación de un marco discursivo del relato de viajes como texto pertinente en las publicaciones culturales y literarias. Utilizo la noción de *marco discursivo* en el sentido que le da Mignolo, para referirme al cúmulo de conocimientos relacionados con un concepto —en este caso, un género— que permite organizar e interpretar un objeto, proceso o estructura.⁶ Si bien el marco hace reconocible e interpretable un discurso, resulta un espacio flexible que puede sufrir reacomodos con los nuevos descubrimientos e información —incluidos comentarios metatextuales y peritextos, según los define Genette en *Umbrales*—, que el lector integra a su experiencia con el género. Las novedades en el repertorio unen, alteran o rechazan el conocimiento acumulado.

En su “Introducción”, Altamirano afirmaba que a pesar de provenir los mexicanos de una mezcla de culturas activas —indígena y española— propicias al viaje y la aventura, la Colonia aletargó a los herederos con su sistema feudal y estático, pero ya en el México independiente, las diligencias cambiaron el panorama, fueron admiradas por la gente y elogiadas por la prensa, pues permitían al viajero “ir de México a Puebla en un día, de México a Guadalajara en ocho días en tiempo de secas y en quince en tiempo de aguas [...], salir de la zona del vómito en tres días y atravesar las cumbres de Acultzingo, rompiéndose los huesos, pero en treinta horas” y, sobre todo, el moderno camino de hierro que cruzaba por entonces todo el territorio, hacía parecer que “los mexicanos no hemos hecho otra cosa en nuestra vida que andar en ferrocarril”. Pese a ello, la movilidad resultaba tan reciente que “natural es, por lo mismo, que la literatura de viajes sea la más exigua de nuestras literaturas”.

⁶ Walter Mignolo. *Textos, modelos, metáforas*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1984, p. 210.

Altamirano enunció allí mismo algunas claves de su comprensión del género: que es necesario para “hacernos conocer nuestra propia geografía [... pues] enseñan más los libros de viajes que los libros metódicos”; cuya novedad consiste “en la variedad de las impresiones personales”, que es útil “por más que los espíritus frívolos crean que las impresiones de viaje no son más que reproducciones de fotografía ya conocidas”, pero en las que “la descripción misma llega a ser nueva, como nueva es la fotografía tomada sobre diverso aspecto y con diverso foco”, pues el gran elemento de dicha literatura es “el mundo subjetivo” que “da diferente color y diferente forma al mundo objetivo; lo que deja frío al hijo del Norte, conmueve al hijo del Mediodía; lo que nada dice al espíritu mercantil, arrebató al poeta y al artista, lo que agrada a uno, desagradó a otro”. De tal manera el lector “compara, conoce las cosas por todos lados y a su vez formula su juicio sobre el de los demás”, y concluye así su idea: “son útiles tales libros y prestan un gran contingente de civilización a los pueblos”.⁷

Sorprende, por ello, contrastar estas ideas con las que cuatro décadas atrás motivaron el cultivo de este género en la prensa y permitieron la inclusión del mismo con un doble valor educativo y literario, si bien Pablo Mora advierte que ya Payno había señalado “las directrices morales y literarias de un programa nacional en formación [...] que, con críticas, recogió más tarde Altamirano”,⁸ definiendo el proyecto más claramente.⁹

MANUEL PAYNO, VIAJERO EN DILIGENCIA

Los dos primeros viajes de Payno aparecieron en *El Museo Mexicano* (1843-1846); el primero fue el “Viaje sentimental a San Ángel” (tomo

⁷ Altamirano, *op. cit.*, p. xxi y ss.

⁸ Pablo Mora, “Los lazos nacionales y las vías de tinta de Manuel Payno: revistas literarias de la primera mitad del siglo XIX”, en Margo Glantz (coord.). *Del fístel a la linterna*. México: UNAM, 1997, p. 193.

⁹ “Dentro de este contexto Payno, junto con su ‘hermano’ Prieto, es uno de los escritores que formó y redactó tres de las primeras revistas con verdaderos propósitos y alcances nacionalistas: *El Museo Mexicano* (1843-1845), *La Revista Científica y Literaria de México* y *El Álbum Mexicano*. En estas publicaciones es particularmente reveladora una preocupación abierta por mostrar una nación hasta la fecha desconocida” (*idem.*)

II, 1843), y el segundo, mucho más extenso y por entregas, “Un viaje a Veracruz, en el invierno de 1843” (tomo III, 1844). Este último tuvo una segunda publicación al incluirse en el libro *Tardes nubladas. Colección de novelas* (Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1871, p. 285-478), con algunas variantes a lo largo de todo el texto. En el siglo XX este relato tuvo dos ediciones íntegras importantes: una a cargo de Esther Hernández Palacios (Universidad Veracruzana, 1984) y otra de Boris Rosen con prólogo de Blanca Estela Treviño (Conaculta, 1996); ambas ediciones recuperan la última voluntad del autor (1871), si bien Hernández Palacios señala las variantes entre la versión periodística y la final. Las obras de Conaculta tienen la virtud de compilar todos los relatos de viaje de Payno en tres diferentes tomos, lo cual evidencia la importancia de este género en su obra. Tanto el “Viaje sentimental...” como el “Viaje a Veracruz...” son dos primicias de un género al que Payno volverá constantemente en obras grandes y artículos minúsculos; una de las de mayor aliento fue *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia* (Ignacio Cumplido, 1853).

Resulta indispensable revisar el contexto primigenio en que se publicaron estos primeros relatos, para comprender el sentido de algunas particularidades de su escritura: qué propósitos perseguían, a quién iban dirigidos, con qué textos dialogaba, qué se pedía al género, qué determinaba su extensión y periodicidad. En este caso es útil recordar que las publicaciones de Ignacio Cumplido ofrecieron en sus páginas un espacio para “la concreción de uno de los más caros anhelos de los empresarios-editores de la primera mitad del siglo XIX, a saber: la mexicanización de las publicaciones periódicas del país”.¹⁰ Específicamente, *El Museo Mexicano* fue “la primera revista elaborada exclusivamente por autores nacionales, en la cual se conjuntaron las noticias relativas a la literatura y a las ciencias”,¹¹ y se distinguió por: la originalidad de sus artículos —la mayor parte no fueron traducciones, como ocurrió frecuentemente en *El Mosaico Mexicano*—; la presentación casi exclusiva de autores nacionales

¹⁰ Magdalena Alonso Sánchez, “Una empresa educativa y cultural de Ignacio Cumplido: *El Museo Mexicano*, 1843-1846”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.). *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*. México: UNAM, p. 553.

¹¹ *Idem*.

—tanto de plumas consagradas como de escritores sin reconocido prestigio aún—, y la conformación plural del grupo de colaboradores —pues convocó y recibió colaboraciones de la Sociedad de Amigos de Jalapa, de la Academia de Bellas Artes de Puebla, del Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, de la Academia Literaria de Morelia, del Instituto Literario de Zacatecas, del Ateneo Mexicano y, sobre todo, de la Academia de Letrán—. Ignacio Cumplido compartió la dirección de esta empresa con Manuel Payno, Guillermo Prieto, Luis de la Rosa, José María Lacunza y Antonio de León, y como colaboradores se rodeó de escritores e intelectuales como José María Tornel, Mariano Otero, Carlos María de Bustamante, Fernando Calderón, José Joaquín Pesado, entre otros.¹²

Con este espíritu mexicanista —o más precisamente, como sugiere Mora, con el anhelo de construir una imagen de nación— *El Museo* conformó un espacio para la recepción de literatura de viajes, género en el que serán determinantes las intervenciones de Payno, Prieto y Tornel. Subtitulada como *Miscelánea Pintoresca de Amenidades Curiosas e Instructivas*, la revista aceptó entre sus páginas una gama amplia de textos de interés no solo literario, sino cultural; así, publicó desde novelas y cuentos, hasta biografías, artículos de agricultura, historia natural, estudios históricos, fechas y conmemoraciones de la joven patria, apuntes arqueológicos, discursos sobre literatura e historia, pequeñas obras de teatro, incipientes crónicas teatrales, e incluso partituras.

En este entramado entre el placer literario y el interés instructivo, son varios los tipos discursivos que alcanzaron, por su versatilidad temática, lo pintoresco, ameno, curioso e instructivo que pedía el subtítulo y que, a la vez, abonaron a definir el marco desde donde se hace reconocible e interpretable la —propriadamente dicha— literatura de viajes. Así, el campo de los textos que aluden a la descripción de lugares oscila desde los publicados en la sección “Panorama de México”, los acuses bibliográficos de libros de viajes, los viajes de escritores mexicanos por distintas regiones, la traducción de textos de viajeros extranjeros en territorio nacional, hasta las parodias sobre viajes. Estos tipos de texto parecieran acudir en grupo para “desarrollar un programa de colonización ante un

¹² Cfr. *ibid.*, p. 556-557.

país incomunicado, despoblado”;¹³ la separación de Texas estaba muy reciente —en 1845 se consumaría su anexión definitiva a los Estados Unidos—, y el desconocimiento de límites, provincias y caminos parecía poner en riesgo la unidad de la nación.

Uno de los primeros relatos viajeros publicados en *El Museo Mexicano* fue la amenísima aunque breve serie “Fragmentos de los viajes de un mexicano por Francia, Italia y Suiza, en los años de 1840 y 1841”,¹⁴ que comenzó a aparecer en el primer tomo y continuó en el segundo, firmada por o. (M.), que resultó ser Melchor Ocampo, quien a sus 26 años viajó por Burdeos y París.¹⁵ Publicadas como cartas —formato al que suele recurrir el género—, Ocampo se detiene en tópicos tan característicos: la llegada, la perspectiva del desplazamiento, la configuración del espacio, la descripción de objetos y las circunstancias del momento de comer.

Muy temprana fue también la aparición de una parodia de relato de viaje, me refiero a la jocosa serie pergeñada por *Fidel* —Guillermo Prieto—, “Cartas sobre México”, en la que cruzan correspondencia un tal don *Justo Nivel*, con *Lucas y Jacinto Camaleón*, figurando las observaciones costumbristas y caricaturescas acerca de la Alameda, Bucareli, el Paseo de las Cadenas, el Portal de las Flores. Tras advertir socarronamente que, al fin, las cartas son confidenciales, aprovecha para hacer crítica humorística, describiéndolo todo con mentidos ojos de extranjero.¹⁶ La existencia de un discurso paródico confirma la fuerza del relato viajero en cuanto a sus recursos, tópicos y posibilidades pues, como advierte Linda Hutcheon, el lector-receptor debe reconocer la intención evaluativa irónica del autor-codificador tanto en la parodia como en la sátira, para que se

¹³ Mora, *op. cit.*, p. 198.

¹⁴ Titulada en la revista, en distintas entregas, también como “Fragmentos de un viaje a Europa” o “Viaje a Europa en 1841”.

¹⁵ Los fragmentos que de este viaje aparecieron en *El Museo Mexicano*, más otros inéditos, fueron reunidos en libro, por primera vez, por Ángel Pola y Aurelio J. Venegas: “Viaje de un mexicano a Europa”, en *Obras completas de Melchor Ocampo*, III, *Letras y ciencias*, p. 3-88, relato reeditado recientemente con ese mismo título por el Instituto Mexiquense de Cultura, 2010.

¹⁶ *Fidel*, “Cartas sobre México”, *El Museo Mexicano* (II, 1843, p. 337-340, 377-380, 428-430) y (III, 1844, p. 25-28), recogidas en Guillermo Prieto. *Obras completas II. Cuadros de costumbres 1*, p. 237-265.

pueda afirmar su existencia,¹⁷ y, sin duda, el lector del *Museo* identificaba la actitud del autor frente a su propio escrito. Ese distanciamiento irónico, con el solo hecho de desviarse de la norma de la literatura de viajes, refuerza la delimitación de las principales características discursivas del texto viajero.

Ambos autores —Ocampo y Prieto— descansan la mayor parte del humor en las anécdotas centradas en el encuentro con el Otro y la convivencia con otras costumbres, usos, disposiciones espaciales, objetos y alimentos. Usan la misma estrategia comparatista del cronista de Indias —que explica lo ajeno desde los referentes propios—, pero en clave chusca; encontramos así un viajero que no se subsume a la cultura visitada, sino que para narrar se ubica en el paralelo del lector, y como personaje se crea un lugar de enunciación que mira con ojos distanciados el espacio vivido.

La sección “Panorama de México”, infaltable en cada número de *El Museo Mexicano*, es particularmente interesante porque se configura explícitamente como el espacio para dar a conocer “las bellezas de otros pueblos del interior” que, además, atraigan “las simpatías de nuestros numerosos y benévolos suscriptores foráneos”, pues “regularmente hay un concepto equivocado entre las personas que no han salido de su país natal respecto a la cultura, belleza y civilización de otros departamentos de la República”.¹⁸ Así se describen e ilustran con litografías la Villa de Parras, los alrededores de Morelia, el Real del Monte, el Puente Nacional, la Villa de Teapa, el río Usumacinta, Monterrey, el Puerto de Matamoros o el Canal de la Viga.

Esa necesidad de un conocimiento que fuera producto de observaciones directas la comparten, hasta cierto punto, la sección monográfica “Panorama” y el relato de viajes, y más precisamente debiera señalarse que el relato viajero decimonónico es heredero de los diarios de exploración, en el sentido que explica Carolina Depetris: por su función, los diarios cartográficos “participan en un proceso cognitivo y representa-

¹⁷ Linda Hutcheon, “Ironía, sátira, parodia. Una aproximación pragmática a la ironía”, en *De la ironía a lo grotesco. Algunos textos de literatura hispanoamericana*. Trad. Pilar Hernández Cobos. México: UAM, 1997.

¹⁸ Manuel Payno, “Panorama de México. Monterrey. Capital del departamento de Nuevo León”, *El Museo Mexicano*, año II, 1943, p. 469.

tivo de observación y transmisión de lo observado: a través de ellos se aprehende un objeto (en este caso, una geografía) con el propósito de informar sobre él, de *darle forma* y conseguir que pueda ser conocido o reconocido [...]; pretende dar noticia a través de la representación de lo explorado con el fin de establecer concepto cierto de un territorio hasta entonces desconocido”.¹⁹ La función cognitiva y representativa, útil para conocer y definir la topografía de territorios desconocidos, cobra vigencia ante el acontecimiento de la Independencia y, también, ante la pérdida de buena parte del territorio nacional; pareciera haber condiciones para el fortalecimiento de la regla epistémica de la visión del entorno de los diarios de expedición: ver “por vista de ojos”.²⁰ No obstante, la revista ofrece espacios diferenciados, y ese deslinde se relaciona con las funciones de cada género. Las descripciones monográficas, más objetivas e incluso ilustradas, suelen estar en la sección “Panorama de México”, en tanto los relatos más subjetivos y en movimiento suelen ser publicados como viajes. Ahora bien, los viajes también son un coctel de tipos textuales y, entre otras funciones, se les sigue pidiendo, en mayor o menor medida, que cumplan la de informar y re-conocer el territorio.

Uno de los grandes animadores de la difusión de literatura viajera en la revista, José María Tornel, al hacer una crítica del libro del alemán Lowenstern —quien, en su opinión, hace una “infame sátira” de México—, ofrece su visión del género, que resulta interesante para nuestro propósito:

Cuando el sabio verdadero se resuelve a viajar, examina primero la especie humana en su conjunto para comprender las relaciones [...] Mas el viajero superficial, que en realidad no es más que un miope, pretende que el mundo no admita diferencias; que los otros países y sus costumbres sean precisamente semejantes a las que observó desde su nacimiento; que la

¹⁹ Carolina Depetris. *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*. México: UNAM, 2007, p. 11.

²⁰ Depetris expone los cambios epistemológicos que subyacen la transición del diario de expedición en literatura, siendo los diarios de finales del XVIII y principios del XIX una herramienta útil en el proceso cognoscitivo “que tiene como fin inmediato representar con fiabilidad cartográfica una topografía desconocida o prácticamente ignorada” (*op. cit.*, p. 55), basados en el “testimonio visual directo como principio epistémico cardinal” (*idem.*).

regla invariable de lo bueno y lo perfecto, sea nomás lo que ha visto y que merezcan un anatema de reprobación las cosas y los hombres que no había examinado [...] Insufribles son tales viajeros, y si les viene la tentación de escribir sus relaciones, caudal se necesita de paciencia para sufrir sus ascos literarios, sus injusticias sistemáticas contra los pueblos [...] Si exceptuamos al ilustre barón de Humboldt, que viajó en México como imparcial investigador, los más de los que han escrito acerca de esta noble parte del continente americano, son tan poco dignos de crédito como Miguel Chevalier, el excéntrico editor del *Diario de los Debates*. ¿No era mejor que estos hombres ligeros, escribieran novelas, en las que se pudiera dejarse correr a la imaginación sin las trabas y embarazos de la crítica que no puede dejar de ser circunspecta, justa y verdadera? Tal conducta ha inspirado una general desconfianza sobre los escritos de viajes y cuando la curiosidad se dirige con ahínco y con anhelo a esta clase de investigaciones, se encuentra burlada y también ofendida.²¹

En el nudo de su crítica, Tornel subraya el exceso ficcionalizador —o, al menos, el dejar correr sin trabas la imaginación— como elemento propio de la novela pero no del relato de viajes y, simultáneamente, reprocha la inexactitud, mala fe e indisposición del “viajero superficial” para comprender a los Otros —que en este caso son México y los mexicanos—. A pesar de los años transcurridos, la discusión sobre el estatuto ficcional o no del relato de viajes continúa ocupando las preocupaciones críticas, en tanto sigue corriendo tinta sobre los conceptos de alteridad y exotismo, ligados al impulso colonizador.

En medio de esa discusión y bajo un impulso mexicanista, Payno publicó un texto que más de un siglo después Robert Duclas —quien tal vez ha sido el bibliógrafo más acucioso de la obra de Payno— no catalogó, en su imprescindible *Bibliografía*, en la sección “Relatos de viaje”, sino en la de “Monografías sobre México”: “Viaje sentimental a San Ángel”.²²

²¹ José María Tornel, “Bibliografía. México o las Memorias de un viajero, por Isidoro Lowenstern, autor de *Los Estados Unidos y La Habana*”, *El Museo Mexicano*, t. II, 1943, p. 241.

²² Manuel Payno, “Viaje sentimental a San Ángel. Al señor general don José Gómez de la Cortina, en *El Museo Mexicano*, t. II, 1843, p. 385-389. En adelante, las páginas citadas de este texto irán indicadas entre paréntesis.

Fechado el 15 de octubre de 1843, el texto, breve, oscila entre las convenciones de la literatura de viajes y la memoración. Blanca Estela Treviño ha explorado los tópicos y las características de este relato viajero, compilado como tal en sus *Obras completas*,²³ y solo me gustaría subrayar aquí algunas frases metatextuales de interés.

En la primera de tres partes en que está dividido el texto, comienza Payno con el siguiente *incipit*:

He aquí un artículo en que no encontrarán los lectores aventuras maravillosas, ni naufragios, ni incendios, ni desafíos, ni muertes. Cuando se cuenta un viaje al derredor del mundo, todo esto y mucho más puede haber; mas cuando el viaje es de tres leguas y dura un día, ¿qué queréis que haya de notable en él? No obstante, amo tanto a mis desconocidos lectores, por la indulgencia con que toleran mis escritos; estoy tan acostumbrado a darles cuenta casi diariamente de mis aventuras, de mis sensaciones y hasta de mis cuitas interiores, que me es imposible dejar de contarles en tono sentimental, a la manera del buen Sterne, mi viaje a San Ángel (385).

El inicio sienta las bases de lo que hallaremos; ya el título anuncia viaje, y esa palabra parece estar ligada a sucesos extraordinarios: naufragios, incendios, desafíos o muertes. ¿Espacio ficcional o no, el del relato que cuenta *aventuras maravillosas*? Payno ofrece, en cambio, una moneda nueva que será la piedra de toque señalada por Altamirano cuatro décadas después: las sensaciones, las cuitas interiores y el tono sentimental.

Suspendidas explícitamente las exigencias del discurso científico descriptivo, Payno corre hacia el otro extremo y casi toca, con su viaje, los linderos de la rememoración novelada. Desde el título, el adjetivo *sentimental*, aplicado a la inminencia del *viaje* (como movimiento, acción, traslado) narcotiza la expectativa del lector; el *incipit* refuerza la idea de otro pacto de lectura y, en adelante, el relato se detiene en descripciones poéticas, en las cuales aparecen de forma continua marcas del avance espaciotemporal intradieгético, pero calculadamente, sin precisiones temporales extradieгéticas.

²³ Blanca Estela Treviño, "Prólogo" a Manuel Payno, *Obras completas*, 1. *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*. México: Conaculta, 1996, p. 15-35.

Las descripciones panorámicas no se parecen a las que podrían encontrarse en una guía de viajeros, no hay propiamente datos históricos ni científicos que contrastar, y se esconde la documentación de manera sutil; más bien, lo descrito parece creación efrástica, sacada de un cuadro paisajista o de género, como si para entonces Luis Coto y Maldonado hubiera pintado su *Puente de Panzacola*, lo cual no ocurrió sino hasta 1861:

Panzacola es una magnífica quinta, situada a la izquierda y al otro extremo de un río, cuyas aguas barrosas se derrumban y chocan por las grietas y los peñascos que hay en el lecho [...]. El grupo de casas blancas y encarnadas; la airosa y galana balconería; el lujo que se observa en las vidrieras y cortinajes, y la oportuna situación de este edificio rodeado de árboles y de verdor, lo hacen uno de los más hermosos e interesantes de los alrededores de México [...]. Un grupo de indios y una multitud de burros estaban mezclados y aglomerados a una ventana; eran los compradores de peras gamboas y perones, que disputaban acaloradamente con el lego y mozos encargados de su expendio, sobre el tamaño, la calidad y la cantidad de la fruta. Dejé a los especuladores ocuparse de sus negocios; tomé una hermosa pera que con ingenua franqueza me brindó una india, dejando asomar sus dientes blancos como el marfil, y me introduje en la portería rogando al mozo avisara al padre fray Juan de San Elías (386).

El acontecimiento de la comida, que será un tópico caro a los dos famosos tragones viajeros de la época, Prieto y Payno, está descrito con todos los recursos, incluido el diálogo, que permitiría confundir el texto con un cuento o "novelita", si no pesara tanto la verificabilidad de los lugares y personajes aludidos, enmarcados en un relato viajero. No ocurre lo mismo con la visión de una joven "cabalgando en un robusto caballo tordo", imagen que aparece sugiriendo un encuentro bucólico que líneas adelante se anula, al ubicar a dicha "Diana" como parte de una familia "que la oleada de las revoluciones políticas tenía por entonces confinada en aquel solitario y apacible destierro" (389).²⁴ La irrupción del destierro

²⁴ El motivo de la "bella desconocida" ha sido estudiado por Friedrich Wolfzettel en la literatura del siglo XIX, relacionándolo con el motivo de la paseante desconocida por la gran ciudad; representa, desde los relatos de viajes y las crónicas del siglo XVI, "la

—si bien calificado como solitario y apacible— entre la descripción paradisiaca de San Ángel —árboles, cascada, economía de autoconsumo, armonía con la naturaleza— es una de las pocas notas desconcertantes en el tono general de este *viaje sentimental*, texto ambiguo frente al carácter más objetivo, verificable y extenso de sus otros textos viajeros, y más cercano a la evocación poética.

El “Viaje sentimental” es también una solución diferente frente al asunto de la ficcionalización, pues el tamiz de lo *sentimental* le permite jugar con la pregunta obligada para todo texto viajero: ¿sucedió o no el acontecimiento del viaje?

Esta pregunta, no tan soslayable como pudiera parecer a primera vista, transforma la interpretación del texto. En primer lugar, porque buena parte del discurso viajero se basa en un pacto de lectura no ficcional que pragmáticamente se establece entre autor y lector,²⁵ ello sin importar que se hallen tropos y huellas ficcionales por doquier, pues si esto puede no afectar el pacto, la ausencia de la ejecución del viaje sí sería considerada como impostura —genial en ocasiones, como ocurrió tal vez con Tablada—.²⁶ En segundo lugar, porque uno de los rasgos distintivos del género es crear una convicción en el lector: viajar y escribir “deben ser presentados como acciones paralelas, o al menos parecerlo, para que se cumpla la ley del género”,²⁷ y este texto introduce cierta ambigüedad

tierra extraña que se debía tomar en posesión y se presentaba ante los ojos del hombre metaforizada en una forma femenina” (Ottmar Ette. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México: UNAM, 2001, p. 48n).

²⁵ Ette advierte que el relato de viajes oscila “entre ficción y dicción, por un salto continuo que impide una clasificación estable tanto en lo referente a la producción como a la recepción. Entre los polos de la ficción y la dicción, el relato de viajes nos lleva más bien a una fricción [...]. A diferencia de lo que ocurre con la novela, el relato de viajes constituye una forma híbrida por los géneros que recoge, su variedad de discursos y su propiedad de acercar la ficción y la dicción. El relato de viajes lima las aristas entre dos ámbitos: se encuentra en una zona literaria que podemos definir como literatura *friccional*” (*ibid.*, p. 36-37).

²⁶ Jorge Ruedas de la Serna, tras una docta investigación, ofrece numerosos elementos que ponen en duda la auténtica estancia de Tablada en Japón, lo que dejaría sus “crónicas” por ese país como una superchería, sin que ello afecte el disfrute literario de dichos textos (*vid.* su “Prólogo” a José Juan Tablada. *Obras VIII. En el país del sol*. México: UNAM, p. 17-54).

²⁷ Beatriz Colombi. *Viaje intelectual*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2004, p. 14.

cuando, después de las tres partes emblemáticas: “i. El camino” —que describe el desplazamiento espacial—, “ii. El convento y el pueblo” —que es la llegada, la descripción del lugar y la visita al mismo—, y “iii. El cabrío” —paseo y reconocimiento de los alrededores—, finaliza con un distanciamiento: “Mucho tiempo ha transcurrido desde que hice esta excursión hasta hoy. Las impresiones que dejó en mi alma fueron vivas e indelebles” (389).

Qué distinto resulta el segundo relato viajero de Payno: “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843”.²⁸ Delimitados tiempo y espacio desde el título, el texto exhibe una madurez impresionante en el manejo de los tópicos usuales del género. Sin angustia por las influencias, Payno alude aquí y allá a la lectura de sus modelos, y los evalúa: “Me acuerdo que cuando viajaba Lamartine por el Oriente...” (19); “Copiaré un trozo de la obra del sabio barón de Humboldt...” (28); “En estos momentos daría la mitad de mi vida por la pluma de Lamartine” (76); “pero el general Victoria conservó [...] una sencillez de corazón y un trato juvenil, que tal vez le acarrearón las sátiras de Madama Calderón, sin respeto a tantas virtudes...” (89).

Una de las alusiones me llama la atención, por referirse a los dos viajeros citados por José María Tornel como “falsificadores” de la realidad viajera por tierras mexicanas. Lo reproduzco en extenso por el valor metatextual, humorístico e irónico del párrafo:

Notarás que con frecuencia te hablo de las comidas. En primer lugar, cuando se viaja se tiene más hambre, y como es uno de los placeres más grandes el encontrar una buena mesa después de una dieta de algunas horas, no es extraño que consigne yo estos hechos históricos en estas interesantes impresiones de viajes, y por lo demás, el grado de civilización y cultura de los países, no cabe duda en que puede colegirse por el de comodidad de las posadas y disposición de las comidas; lo que he referido bajo este respecto es un mentís solemne a Lowenstern y Chevalier que asientan que los viajeros se mueren de hambre en los caminos de la República (93).

²⁸ Citaré el número de página por la edición de la Universidad Veracruzana, a cargo de Esther Hernández Palacios.

De mentís en mentís, ya a *madame* Calderón, ya a Lowenstern y Chevalier, el viajero no solo evalúa los relatos sino que propone una forma de interpretar los caminos de la nación, recorriéndolos y narrándolos él mismo. Como esta, hay otras alusiones a la contrastación de textos viajeros, pero también exhibe la intervención, rectificación y regulación del texto ajeno. Valga el siguiente ejemplo para alejar de Payno la duda acerca de una ciega —acrítica— parcialidad mexicanista:

Después de media hora, me llevaron una tetera con agua caliente, la devolví; mas tres veces consecutivas hicieron lo mismo: así es que me resigné a tomarlo, esperanzado en que, como dicen las viejas, el agua caliente *abriga el estómago*. No obstante, en venganza, aconsejé a un extranjero que estaba junto de mí, que apuntara en su cartera de viaje lo siguiente: “En la casa de Diligencias de México cobran por una taza de agua caliente, sucia, que tienen el atrevimiento de llamar *té*, la cantidad de *un real*” (17).

La fuerza que supone esta nota en los apuntes de un extranjero refleja la creencia de Payno en el poder del relato viajero como una suerte de “lazarillo de ciegos caminantes”; desde esa percepción, este relato muestra, por una parte, un guiño metatextual al asumirse como fuente autorizada de noticias de primera mano, con consciencia de un valor pragmático que le permite “vengarse” de la mala atención, haciendo llevar esos datos accesorios, pero útiles, al extranjero. Con ese gesto, mínimo, exhibe su relato como un sitio en que se reúnen —incluso conflictivamente— la incipiente industria turística y su publicidad.

Acompañamos a Payno, en diligencia, durante el trayecto y las vicisitudes de México a Puebla, de allí a Xalapa, y finalmente al puerto de Veracruz; esto es, asistimos a lo que Ottmar Ette considera de grandes consecuencias para la estética del relato de viajes: la circunstancia de ser un “género de lugar, mejor dicho, de cambio de lugares y de permanente determinación de nuevos lugares”.²⁹

Ette señala cuatro momentos cruciales de la *dispositio*, que “el escritor de viajes resalta y marca semánticamente en su relato”: *la despedida*, *el punto álgido* (en que el escritor centra su relato), *la llegada* y *el regreso*.

²⁹ Ette. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México: UNAM, 2001, p. 37.

Payno recurre a todos ellos; esta aparente verdad de Perogrullo no necesariamente lo es si observamos que no todos los viajeros reúnen en su relato todos estos cronotopos. Es frecuente obviar el *regreso* o acortar la *despedida*, y cada uno de estos momentos tiene su miga semántica, y su presencia refuerza los topos del género.

Por ejemplo, en *la despedida* advierte Ottmar la construcción de una perspectiva que se dispone "a abandonar lo propio y adentrarse en el texto ajeno";³⁰ en otro nivel de análisis, en este momento se subraya también el carácter *friccional* del texto, al que aludimos arriba. *El regreso*, en cambio, cierra el ciclo y suele ser un espacio fuertemente emocional, pues la vuelta a lo propio simboliza, también, el regreso al lugar de escritura, y la reconciliación con lo propio.

UN DANDY EN EL FERROCARRIL: MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

40 años después, el texto viajero publicado en el espacio periodístico continuaba disputando su lugar; no me refiero a un debilitamiento, sino a un reacomodo de los géneros, distinto de la época del *Museo*. Aquí me referiré específicamente a la crónica de viajes de Manuel Gutiérrez Nájera; ahora el reportaje —y no el artículo monográfico— era el modelo reñido con la crónica, del cual deseaba distanciarse Manuel Gutiérrez Nájera. De la crónica najeriana, advierte Belem Clark:

Su crónica, género mixto según las clasificaciones actuales, dio cabida a las tensiones del exterior, que lo convirtieron en un asalariado de la pluma, como a las interiores, que le ofrecieron el espacio de divagación creadora que como artista requería. La crónica, mercancía que el periodista entregaba a diario en las oficinas de redacción, cumpliendo con los intereses del editor y de su público, fue igualmente una obra de arte que le permitió satisfacer su necesidad vital de creación.³¹

³⁰ *Ibid.*, p. 41.

³¹ Belem Clark de Lara. *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México: UNAM, 1998, p. 17.

Repórter y cronista literario viajaban en el mismo tren rumbo al acontecimiento, asistían a los mismos sucesos y publicaban en el mismo diario, pero el resultado que distinguía periodista y repórter, literato y oficioso de la noticia, crónica y reportaje, obedecía a propósitos diferentes. La literatura buscaba un espacio propio frente a la información pero, para ser un artículo de consumo diario, la crónica no podía vivir a espaldas del acontecimiento y la actualidad. La página dominguera privilegiaba géneros sancionados como literarios; el cuento y la poesía llenaban las columnas, aunque la crónica, principalmente la de espectáculos, era recibida también, pero la competencia de la crónica en las planas diarias se libraba con el reportaje, que cada vez consolidaba más su presencia con sus dotes informativas de última hora.

El literato, por explicable ley de competencia, encontró en la crónica el espacio que a la vez le permitió deslizarse del suceso de actualidad que esperaba su público lector a la creación literaria que era su propia realización. De la República Restaurada hasta finales del siglo se estableció una verdadera lucha entre los escritores o periodistas a la vieja usanza y los nuevos “profesionales de la noticia”, hasta que en 1896 el repórter ensanchó su dominio sobre el espacio de los periódicos.³²

Manuel Gutiérrez Nájera cultivó, a partir de 1880, la crónica viajera; y desde 1882 se advierte con nitidez un proyecto que, por una parte, asume una postura sobre su propia escritura y, por otro, le otorga nuevos propósitos como la evaluación del estado de progreso que se vivía en México.

La primera crónica de viajes que escribió Manuel Gutiérrez Nájera fue “Una excursión a Puebla”, publicada en dos entregas en el órgano de la colonia española en la república mexicana, *La Voz de España*, el 31 de enero y el 12 de febrero de 1880.

La fórmula metatextual vista en el texto de Payno —“Viaje sentimental a San Ángel”— la encontramos, de nuevo, en un primer relato de viajes experimentado, en su creación, por un autor. El *incipit* funciona aquí también como un espacio en el que se negocian los principios de una

³² *Ibid.*, p. 37-38.

escritura viajera. Si Payno confesaba que el lector no encontraría en sus textos aventuras, naufragios, incendios ni muertes, Gutiérrez Nájera dice apostar, más bien, por su invención: “Los que vivimos vida periodística, tenemos de ser por fuerza charlatanes [... pues] tengo casi la obligación de que me acontezcan cosas prodigiosas, y, cuando no sucedan, inventar hazañas y porfías imaginarias”.³³ Y mientras Payno justifica seriamente la primera persona del relato —evidenciando, con ello, el contrato de lectura no ficcional, aunque de manera ambigua por su declarado “tono sentimental”—, al decirse “acostumbrado a darles cuenta casi diariamente de mis aventuras, de mis sensaciones y hasta de mis cuitas interiores”; Gutiérrez Nájera tampoco la encuentra muy natural, pues afirma, con ironía, que si le duele la cabeza al día siguiente toda la prensa anuncia que se encuentra postrado del dolor, o si sostiene una riña personal, aquel pleito se sabrá en el último confín de la república, por lo que “no tiene, pues, nada de extraño ni de exótico que informe escrupulosamente a los lectores, pocos o muchos, de este diario, de todas y cada una de mis aventuras”.³⁴

Más allá de la ironía justificativa del espacio autobiográfico, este relato da amplia cuenta del camino y la llegada y, brevemente, de la ciudad. En general, los textos de Gutiérrez Nájera recogen observaciones de la ciudad y la gente, y muestran un deseo de distinguirse del reportaje, e incluso se aventuran en vuelos históricos, poéticos y filosóficos. En esa primera crónica viajera se detiene largamente en el traslado mismo dentro del vagón; configura el espacio interior con tal fuerza que se olvida del paisaje, que solo mirará de vez en vez. Describe, en cambio, un ambiente de fiesta, en que se fuma y se bebe:

De repente, Riva Palacio se puso en pie, y alargando la mano por entre las rejillas, nos ofreció una botella de Arak frío y un vaso de campaña. No sé qué tiene ese diablo del Arak, pero presumo que es el mejor tirabuzón para extraer palabras. A poco rato, después de libar sin grandes ceremonias en honor de Júpiter capitolino, que es el primer brindis obligatorio para todo

³³ M. Gutiérrez Nájera, “Una excursión a Puebla”, en *La Voz de España*, año II, núm. 184 (31 ene. 1880), p. 3.

³⁴ *Idem*.

griego de adopción, estábamos charlando hasta por los codos. Yo oía atentamente aquel bombardeo, aquel Toulon de epigramas con que nos regalaban Vicente Riva Palacio y Alfredo Chavero, dos reyes del ingenio. Mientras tanto, Braniff hundió la mano en su maleta y puso a nuestras órdenes una caja de riquísimos puros.³⁵

Cuán exagerado me pareció este ambiente de jolgorio, hasta que otra voz, la de Francisco Sosa, aseguró lo mismo en un artículo dedicado a Ignacio Cumplido, director de *El Siglo Diez y Nueve*. Sirva el ejemplo para subrayar la distinta prosa —entre la crónica literaria y la del erudito en funciones de corresponsal— que da cuenta de una misma observación acerca de las dotes del general como anfitrión: “El general Riva Palacio, que iba en el vagón presidencial, se esmeró en obsequiar a todos y cada uno de los convidados, por sí y por medio de algunos amigos suyos a quienes comisionó al efecto; de manera que todos fueron atendidos como si hubiesen estado no en los vagones de un ferrocarril, sino en la propia casa del general Riva Palacio”.³⁶ La Exposición Industrial, promovida por el general, contó con la asistencia del presidente Porfirio Díaz y más de mil personas que llegaron en un solo día a la ciudad de Puebla.

Su primer ejercicio viajero quedará inconcluso, pues termina así: “La Catedral [...] pero ¡ah!, la Catedral merece capítulo aparte”.³⁷ No apareció la pieza prometida, y aunque resulta poético que Pérez Gay haya querido ver en el postrer relato viajero de este escritor, publicado el 5 de febrero de 1893, “una continuación natural de la que Gutiérrez Nájera escribió trece años atrás”,³⁸ el tono se ha transformado por completo, y las observaciones de tan distantes crónicas delatan grandes cambios en el propósito de la crónica y la mirada del viajero.³⁹ La circunstancia del

³⁵ *Idem*.

³⁶ Francisco Sosa, “Gacetilla. Las fiestas de Puebla”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 9ª época, año xxxix, t. 77, núm. 12458 (8 ene. 1880), p. 2.

³⁷ Gutiérrez Nájera, “Una excursión a Puebla. II”, en *La Voz de España*, año II, núm. 190 (12 feb. 1880), p. 2.

³⁸ Rafael Pérez Gay, “Apéndices. Noticias hemerográficas. Viajes extraordinarios”, en la antología *Manuel Gutiérrez Nájera*. México: Cal y Arena, 1996, p. 632.

³⁹ En su viaje a Puebla de 1880, Gutiérrez Nájera asistía a una exposición industrial promovida por Vicente Riva Palacio; en 1893 asiste a la toma de poder del gobernador de Puebla.

viaje y, por ende, de la escritura, resultan relevantes en la crónica viajera, pues no se ofrece el mismo tipo de crónica tras asistir a la exposición industrial más importante del país, a la inauguración de la zona desecada de un pantano, a la primera corrida de un tramo de ferrocarril, a la visita de un santuario religioso o al aprovechar algunos sucesos de su viaje de bodas.⁴⁰

Aunque Manuel Gutiérrez Nájera esconde con astucia y elegancia los motivos de su viaje, hay un momento en que aparece, como al soslayo, la fiesta presidencial, la inauguración del camino de hierro, el discurso del gobernante, las visitas a instituciones, etcétera. En el “Viaje a Veracruz” de Payno ignoramos los motivos de su viaje o, al menos, no los alude en el texto. Blanca Estela Treviño asegura que va en misión literaria: “El editor ya conoce el talento narrativo del cronista de ‘Viaje sentimental a San Ángel’ y sus dotes de gran observador. De tal suerte, las ambiciones editoriales de Ignacio Cumplido y el gusto por la aventura de Manuelito lo conducen al puerto de Veracruz”.⁴¹

Si Payno pudo publicar un viaje sin que la utilidad periodística fuera concomitante —mostrar el espacio mexicano era razón suficiente—, Gutiérrez Nájera bregaba entre la conformación del espacio literario de su crónica y los requerimientos de una empresa que pagaba los viáticos. Tal vez como respuesta a ese ambiguo papel, dos años más tarde publicó un prólogo inusitado a su primer relato viajero de largo aliento. La columna se tituló “Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque” y, además del viaje a Guanajuato de ese 1882, cobijará bajo el mismo título sus viajes a Veracruz en 1883, y a Cuernavaca en 1885.

Publicado en *La Libertad* poco antes de la aparición del libro de Malanco —volumen que incluía el prólogo de Altamirano citado más arriba— el relato najeriano propone un prólogo que tensa de una manera extraña el

⁴⁰ Varios de los artículos tuvieron segundas, terceras y hasta cuartas versiones, y en ellas llama la atención el sentido de los cambios que, en ocasiones, suprime las marcas de viaje y deja solo la evocación de los espacios. Por ello, para la edición crítica, la decisión con estas piezas ha sido fijar las primeras versiones, pues el artificio narrativo de la escritura en movimiento —menos evocativa y más apegada a la observación directa— es fundamental para el sentido del relato de viajes. Igualmente lo es reconstruir qué hacía el viajero en esas tierras, para comprender tanto los lugares que visita como el sentido más propagandístico, crítico o poético que entrañó su escritura.

⁴¹ Blanca Estela Treviño, “Prólogo” a Manuel Payno. *Obras completas, 1. Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*. México: Conaculta, 1996, p. 20.

tipo de texto y el medio de publicación. Encabezado con la leyenda *Cuatrocientas cuarenta palabras* (que seguramente alude a un mínimo o máximo de palabras que se pedía como medida a los articulistas), el prólogo o prospecto —que con las tres palabras de ese título reúne, exactamente, esa cantidad— es una parodia en tercera persona del perfil de un viajero célebre: *El Duque Job*. En él alude a las razones por las cuales hasta entonces el *Duque* no se había animado a publicar sus viajes, aunque por esa negativa perdiera “las fabulosas sumas que le tienen prometidas más de cuatro editores de esta capital y más de ochenta casas europeas”:⁴² no quiere verse indizado en el *Diccionario de viajeros célebres* de Louis Figuier, y tampoco desea que sus aventuras de viajero las lleve Joaquín Moreno al teatro de magia bajo el título de, por ejemplo, “Los hijos del *Duque Job* en busca de su padre”. Y concluye que con esto y con que el shah de Persia no lo haga “Caballero Gran Cruz de la Orden del Elefante Blanco, quedarán satisfechos sus deseos”.⁴³ Finaliza con la consabida leyenda: “Nadie puede reimprimir este libro sin el permiso de su autor”.

La tensión entre la condición periodística de la publicación y los paratextos propios del formato libresco ponen sobre la mesa, de forma humorística, la posibilidad de considerar sus artículos viajeros como dignos de la eternidad del libro. Estos distintos paratextos —título, prólogo, *copyright*— son redundantes en la idea de separar los espacios de la crónica y del reportaje. El periódico *La Libertad* fue espacio idóneo para ese ejercicio, pues por esos años era eminentemente de opinión, con artículos editoriales y de fondo, como los “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales”, que publicó José Tomás de Cuéllar; las noticias tenían su espacio en la “Gacetilla”, en que se publicaban, en franca promiscuidad, notas sobre epidemias, matrimonios, asesinatos, libros publicados, chismes, acuerdos gubernamentales, el paso de Venus y los temblores, entre mil cosas más.

Pero el segundo “Viaje extraordinario”, publicado en *La Libertad* en 1883, ahora por Veracruz, permite comprender uno de los sentidos ideológicos de sus relatos. No sin profundas contradicciones, la modernidad

⁴² *El Duque Job*, “Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque. De México a Guanajuato”, en *La Libertad*, año v, núm. 269 (26 nov. 1882), p. 2.

⁴³ *Idem*.

que las empresas transatlánticas y ferroviarias traerán a la República es, en otros periódicos, el gran tópico que enmarca reportajes, editoriales y, por supuesto, relatos viajeros como el que ofrece en ocho extensas entregas el *Duque Job*. Si *La Libertad* advierte en su Gacetilla que *El Tiempo* —periódico conservador— está enojado “de leer cuanto se ha publicado en los periódicos acerca de las fiestas del vapor Tamaulipas”,⁴⁴ también es cierto que aparece bastante inmovible ante la paz, el orden y el progreso, en comparación con otros periódicos como *La República*, que dedicaban largos artículos a cantar la prosperidad de la nación. Representantes de todos los diarios fueron invitados por la Compañía Mexicana Transatlántica a la inauguración de las líneas de vapores; sería la primera empresa marítima que llevaría el pabellón mercante nacional a los puertos de Europa. La invitación consistía en el pasaje del tren Buenavista-Veracruz, ida y vuelta, y visita al vapor “Tamaulipas”. Un articulista recibía la invitación con este entusiasmo:

Próximo está a llegar a las aguas de Veracruz el primer buque de vapor mercante que surca las olas del océano cubierto con los colores de la bandera que flameó en Iguala. Este acontecimiento que por sí solo no tiene más significación que el aumento de la riqueza en favor de una empresa privada, llena, sin embargo, de regocijo los corazones de los mexicanos porque ve inaugurarse una época de prosperidad para la nación. Ya no será México tributario del extranjero en el transporte de sus mercancías; ya no irán los viajeros mexicanos en naves extrañas a las playas de Europa y de los Estados Unidos sino que serán conducidos en embarcaciones que son un pedazo de territorio de la patria como lo finge el derecho de las naciones. México que produce tantos frutos tropicales y que es susceptible de multiplicarlos extraordinariamente, llevará en sus propias naves los productos variados de su envidiable riqueza e irá a cultivar las relaciones con el extranjero, ostentando en los puertos del antiguo y del nuevo mundo los brillantes colores de nuestro pabellón. [...] Cabe al gobierno actual la gloria de haber procurado para México este nuevo y poderoso elemento de

⁴⁴ Sin firma, “Gacetilla. *El Tiempo* se enoja”, en *La Libertad*, año VII, núm. 3 (10 ene. 1884), p. 3.

riqueza y de prosperidad; a la empresa transatlántica el noble orgullo de ser la iniciadora de un paso más en el desarrollo del progreso nacional y de haber abierto a la patria más amplios y espléndidos horizontes.⁴⁵

Esa marejada de optimismo nacida durante la primera presidencia de Díaz, incrementada con Manuel González y renovada al regreso del oaxaqueño, será una actitud alentada, además de *La República*, por periódicos como *El Partido Liberal*, cuyos directores estaban ligados políticamente al régimen. Ambos postularon abiertamente a Porfirio Díaz para el cuatrienio 1884-1888, y el director de este último diario, José Vicente Villada, será gobernador del Estado de México en el porfiriato, y concesionario de la construcción del tramo ferroviario Zamora-Zihuatanejo hacia 1888.

Entusiasmado con el viaje y la ceremonia, el “Viaje extraordinario de Sir Job, Duque” por Veracruz no hará el fácil elogio de la bandera que ondeará en aguas extranjeras; ni comparará a México con el “paralítico del evangelio [que] tira sus muletas y entra de lleno en el camino de su engrandecimiento”;⁴⁶ en cambio, reserva como estrategia hacer la prosopeya de la locomotora, vehículo de la modernidad por excelencia:

La locomotora, el negro caballo del imperio del hierro, se dirige a su bebedero para saciar su sed y refrescar sus entrañas hirvientes. Los vagones abren sus puertas para tragarse, como antropófagos, a los pasajeros; de repente, ligera como una pluma, y pesada como una montaña, pónese en movimiento la serpiente de hierro; la locomotora hace un esfuerzo, mueve sus patas circulares, lanza resoplidos y surtidores de vapor, arranca los pesados carruajes de su inercia, separa manos que se estrechan con efusión, rompe los hilos de diamante que unen tantos corazones, y se pierde a lo lejos, mientras sacuden los viajeros sus pañuelos asomados a los angostos ventanillos.⁴⁷

⁴⁵ Américo, “El Tamaulipas” [artículo editorial], en *La República*, año IV, vol. VIII, núm. 163 (14 dic. 1883), p. 1.

⁴⁶ Hilario S. Gabilondo, “Las fiestas en Veracruz”, en *ibid.*, año IV, vol. VIII, núm. 166 (19 dic. 1883), p. 1.

⁴⁷ *El Duque Job*, “Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque. En wagon”, en *La Libertad*, año VI, núm. 296 (28 dic. 1883), p. 3.

Y aunque en sus textos dedica muchos fragmentos a configurar el ferrocarril como la máquina del progreso, casi siempre con el recurso de la prosopopeya, sus viajes son frecuentemente espacio de aguda observación. Al hacer la crítica del objeto moderno, Gutiérrez Nájera extiende el alcance de sus señalamientos y cuestiona un sistema. Y como señala Marshall Berman, nadie podría comprender mejor las contradicciones de la modernidad como aquellos que las sintieron en propia carne, al tener que incorporarlas a su vida, y que las “tuvieron que captar con toda su fuerza, en todos los momentos de su vida diaria, simplemente para poder vivir”.⁴⁸ Nadie niega que la propaganda viajera de sus crónicas invitaría a mucha gente a usar el artefacto que la modernidad diseñó para quien pudiera pagar el billete, pero también advierte que en el diseño todo acontece al revés:

El wagon de primera clase es el que sigue inmediatamente a la locomotora; de manera que no puede usted entreabrir el ventanillo sin que se cuele una ráfaga de humo como Pedro por su casa, y que dado el caso de que acontezca una desgracia, usted, pasajero de primera clase, tiene la ventaja de ser el primero que entre a los infiernos. Si es usted delicado de tímpano, tiene por añadidura que soportar a cada minuto el áspero silbido del vapor que chilla casi junto a los oídos. Pero en cambio, los que viajan en wagon de tercera están libres de todas estas incomodidades.

Como rasgo general se puede concluir que la crónica najeriana, de aspiraciones literarias, libró una batalla para distanciarse del reportaje y de la prosa del repórter; esconde, para ello, los detalles que sigan paso a paso las actividades previstas en la agenda oficial, y monta en la prioridad del discurso viajero los términos de su periplo. Sin embargo, la primacía política del medio de publicación dejó su huella no solo por ser, varias de esas crónicas, producto de un interés eminentemente periodístico y noticioso que se traducían en la invitación y en el gasto que las empresas gubernamentales hacían para difundir y prestigiar sus trabajos, sino en la calculadamente narcotizada sensación de hacer un viaje menos

⁴⁸ M. Berman. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Trad. de Andrea Morales Vidal. México: Siglo XXI, 1997, p. 27.

de viajero y más de turista —en este caso, si el término existiera, turismo periodístico— que Gutiérrez Nájera se esfuerza por transformar, con base en recursos que cumplan la expectativa del periódico-empresa pero, al mismo tiempo, no comprometieran la permanencia de su prosa. Tanto fue su logro que, en efecto, pudo reutilizar varias de sus crónicas viajeras para futuras publicaciones.

En su momento, Manuel Payno también había configurado su prosa viajera por contraste; en su caso, distanciándose del artículo monográfico y costumbrista mexicano, del cual sería imposible no advertir que tuvo su propio interés político al desear configurar cierto imaginario del territorio nacional.

Los relatos de viaje de estos escritores, moviéndose entre las aguas turbulentas de los medios de publicación y sus finalidades ideológicas, consiguen adquirir características identitarias literarias al crear marcos discursivos para su lectura y escritura que permiten, hoy, darle a lo efímero del periódico la eternidad del libro. 

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO SÁNCHEZ, Magdalena, “Una empresa educativa y cultural de Ignacio Cumplido: *El Museo Mexicano*, 1843-1846”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.). *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*. México: UNAM, 2001.
- ALTAMIRANO, Ignacio M., “Introducción” a Luis Malanco, *Viaje a Oriente*, 1. México: Imprenta Agrícola Comercial, 1883, p. xi.
- AMÉRICO, “El Tamaulipas” [artículo editorial], en *La República*, año iv, vol. VIII, núm. 163 (14 dic. 1883), p. 1.
- BERMAN, M. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Trad. de Andrea Morales Vidal. México: Siglo XXI, 1997, p. 27.
- CLARK DE LARA, Belem. *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México: UNAM, 1998.
- COLOMBI, Beatriz. *Viaje intelectual*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, editora, 2004.
- DEPETRIS, Carolina. *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*. México: UNAM, 2007.

- DUCLAS, Robert. *Bibliografía de Manuel Payno*. México: UNAM, 1994.
- ETTE, Ottmar. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México: UNAM, 2001.
- GABILONDO, Hilario S., "Las fiestas en Veracruz", en *La República*, año IV, vol. VIII, núm. 166 (19 dic. 1883), p. 1.
- "Gacetilla. *El Tiempo se enoja*", en *La Libertad*, año VII, núm. 3 (10 ene. 1884), p. 3.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, "Una excursión a Puebla", en *La Voz de España*, año II, núm. 184 (31 ene. 1880), p. 3.
- _____. "Una excursión a Puebla. II", en *La Voz de España*, año II, núm. 190 (12 feb. 1880), p. 2.
- HUTCHEON, Linda, "Ironía, sátira, parodia. Una aproximación pragmática a la ironía", en *De la ironía a lo grotesco. Algunos textos de literatura hispanoamericana*. Trad. Pilar Hernández Cobos. México: UAM, 1997.
- _____. (*El Duque Job*), "Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque. De México a Guanajuato", en *La Libertad*, año V, núm. 269 (26 nov. 1882), p. 2.
- _____. (*El Duque Job*), "Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque. En wagon", en *La Libertad*, año VI, núm. 296 (28 dic. 1883), p. 3.
- MCLEAN, Malcolm D., "Los periódicos mexicanos y la literatura mexicana", en *Contenido literario de El Siglo Diez y Nueve*. México, Sobretiro del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, núm. 313 (15 feb. 1965).
- MIGNOLO. *Textos, modelos, metáforas*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1984.
- MORA, Pablo, "Los lazos nacionales y las vías de tinta de Manuel Payno: revistas literarias de la primera mitad del siglo XIX", en Margo Glantz (coord.). *Del fístol a la linterna*. México: UNAM, 1997, p. 193-200.
- OCAMPO, Melchor, "Viaje de un mexicano a Europa", en *Obras completas de Melchor Ocampo*, III, *Letras y ciencias*. Ed. y pról. Ángel Pola y Aurelio J. Venegas, p. 3-88.
- PAYNO, Manuel, "Panorama de México. Monterrey. Capital del departamento de Nuevo León", en *El Museo Mexicano*, año II, 1943, p. 469.
- _____. "Viaje sentimental a San Ángel. Al señor general don José Gómez de la Cortina", en *El Museo Mexicano*, t. II, 1843, p. 385-389.
- _____. *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*. Ed. Esther Hernández Palacios. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana.

- PÉREZ GAY, Rafael, "Apéndices. Noticias hemerográficas. Viajes extraordinarios", en *Manuel Gutiérrez Nájera*. México: Cal y Arena, 1996.
- PRIETO, Guillermo, "Cartas sobre México", en *Obras completas II. Cuadros de costumbres 1*, p. 237-265.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge, "Prólogo" a José Juan Tablada, *Obras VIII. En el país del sol*. México: UNAM, p. 17-54.
- SOSA, Francisco, "Gacetilla. Las fiestas de Puebla", en *El Siglo Diez y Nueve*, 9^a época, año XXXIX, t. 77, núm. 12458 (8 ene. 1880), p. 2.
- TORNEL, José María, "Bibliografía. México o las Memorias de un viajero, por Isidoro Lowenstern, autor de *Los Estados Unidos y La Habana*", en *El Museo Mexicano*, t. II, 1943, p. 241.
- TREVIÑO, Blanca Estela, "Prólogo" a Manuel Payno, *Obras completas, I. Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*. México: Conaculta, 1996, p. 15-35.
- WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*. Trad. Pablo di Masso; pról. J. M. Castellet. Barcelona: Ediciones Península, 1997.